

Con esto da la vuelta á la marina,
Y luego es una pieza disparada,
Llamando á recoger los de la armada,
Usanza militar y disciplina;
En tanto Apolo Delfico reclina
Su lúcida cabeza trasudada,
En el regazo fresco de Aretusa,
Dejando á Clície huérfana y confusa.

Entró la virazon con mano larga,
Hiriendo los ondosos gallardetes,
Con que largaron luego los grumetes
Así como el piloto dijo, larga;
Hace gemir al mar la grave carga,
Y el viento rechinar á los trinquetes,
Que puesto ya en virar su amor y estudio,
Al puerto dan libelo de repudio.

Tan rauda por el mar la armada cuela,
Haciéndole escupir al cielo espuma,
Que ya por popa deja mano y pluma,
Sin que mi vuelo tenga con su vela;
Mas fuera de ser poco lo que vuela,
Agora de cargada se embaluma,
Por donde hasta alijar del peso un tanto,
Mar en través habrá de estarse el canto.

CANTO XIX.

Llega don Beltran al puerto de Chíncha, donde, siendo primero descubierto de Richarte, que estaba en aquel paraje, se da á virar la vuelta de la mar, huyendo á toda priesa. Siguenle los nuestros hasta que, sobreviniendo un terrible temporal, con la oscuridad de la noche le pierde de vista, y las naos desaparecidas por el viento arriban al Callaú. Repáranse en él los dos mejores navios con toda brevedad, dejando los demás por ser uno solo el del enemigo, y salen en su busca segunda vez; hallante en Tacamez surto, donde se da principio á la espantosa naval batalla.

Si por algun camino sospechara
Que era, Señor, tan aspero el que sigo,
No sé si voy errado en lo que digo,
Aun dudo si por vos lo comenzara;
Mas como descubrió tan buena cara,
Semblante grato, placido y amigo,
Imaginé, engañándome, que fuera
Conforme lo de dentro á lo de fuera.

Entré por valles, prados y florestas,
Como la misma palma de la mano,
Mas presto se acabó el camino llano,
Y comencé á trepar por agrias cuevas;
Causólo que me eché la carga á cuevas,
Sin atentalla en una y otra mano,
Mas buena me la dan por este yerro,
Pues dando dellas voy de cerro en cerro.

Y si de la fragosa tierra esquivaba
Al hondo mar me fui, por mas atajo,
El agua del me da mayor trabajo,
Pues sufro, ya la muerte, ya la vida,
Agora proejando costa arriba,
Agora arrebatado costa abajo,
Tal vez con desgarron, tal vez sin viento,
El frágil botiquin de mi talento.

Ya doy con él en una yerta roca
De rigido sugeto, duro y frio,
Ya encallo al mejor tiempo en un bajo
Cuando hay materia buena pero poca;
Ya cuando el viento del caudal se apoca,
En congojosa calma estoy baldio,
Ya si la tempestad de cosas carga,
Alijo muchas buenas de la carga.

Mas estos infortunios y contrastes
Espero que han de serme allá en el puerto,
Volviendo la memoria al mar desierto,
Lo que en la dulce lira son los trastes;
Que si como al principio me llevastes,
Con alentar mi voz, por campo abierto,
No me dejais al fin, claro Mecenas,
Galernos me vendrán á manos llenas.

Y si por falta del quedó mi nave
Sin ir en seguimiento de la armada,
Suspensa el alta mar atravesada,
Por alijar cansancio, peso grave;
Agora volará con alas de ave,
En fe de vuestro espíritu llevada,
Tan zafa, tan boyante y tan ligera,
Que á todas lleve ya la delantera.

Sulcando van el mar á popa via
Las poderosas naves en conserva,
No viendo ya las flores ni la yerba
Que nuestra generosa madre cria;
Solo se ve la blanca sierra fria,
Por ser de cumbre altísima, superba;
Mas tan opaca, lóbrega y nublosa,
Que mas parece nubes que otra cosa.

Quisiéronse enmarcar por mas acierto,
Para si se enmarcase el enemigo,
Tenelle ya cerrado este postigo,
Que era, para escaparse, el mas abierto;
Y si viniere ya de puerto en puerto,
Estaban avisados, como digo,
De suerte que al Virey la nueva dada,
Se la llevasen luego á nuestra armada.

Mediante pues estar tan prevenido
Y haber en todo tal correspondencia,
Tuvo un aviso luego su excelencia,
Después que don Beltran hubo partido,
De cómo había el cosario parecido
Mostrando sobre Arica su potencia,
Que no era de un bajel ni vela sola,
Sino de tres, y mas una ventola.

Adonde juntamente había tomado,
Sobre lo que de Chile se traía,
Un barco de un arráez, en que venía
Gran suma y diferencias de pescado;
Y el dueño del, habiéndose librado,
Fue el mismo que avisó de lo que había,
A quien, porque informase mas de cierto,
Enviaron los que mandan aquel puerto.

Por esta relacion quedó creído
Que el descubrir Aquines vela tanta
Es por haber hallado su almiranta,
Que en Chile dijo haberse perdido;
Mas el Marqués á todo apercebido,
No de saber el número se espanta,
Antes le nace dello gusto y gloria,
Por ser en mas honor de la victoria.

Acude con solícita presteza,
A luego prevenirse y guarnecerse,
Y siempre mas y mas fortalecese
De toda guarnición y fortaleza;
Y aunque gastaba en esto con largueza,
De tal manera en ello supo haberse,
Que no hizo gasto al Rey sino gastado,
Con atencion de verle tan gastado.

Si preguntais que cómo fue posible
Gastar al Rey tan poco haciendo tanto,
Responderé que yo tambien me espanto,
Mas púedese tener por infalible;
Que yo no sé decillo, aunque es decible,
Pues no cualquiera dicho cabe en canto;
Solo sabré deciros en sentencia
Que tiene para todo la prudencia.

Por esta pues, que en él ha sido suma,
Apercebí segunda vez armada,
La cual en menos tiempo fue aprestada
Del que en decillo gasto con la pluma;
Y para no gastalle, digo en suma
Que así como la nueva le fue dada,
Se vió otra vez cubierta la marina
De gente brava y máquina bronceada.

Con esta peltrechó la galizabra,
Hecha por orden suya en este asiento,
Y un bergantin, que en él está de asiento
Con otro galeon como una zabra;
Correspondiendo la obra á su palabra,
Y su palabra y obra al pensamiento,
De suerte, que era dicho y aun obrado
Casi con la presteza que pensado.

Previénesse lo dicho para guarda
De treinta ó mas patajes y navios,
De bélica defensa tan vacios,
Que los rindiera un tiro de bombardas;
Y porque si el inglés audaz no aguarda,
Temiendo del católico los bríos,
Le puedan ir siguiendo en el instante
Antes de haber pasádose adelante.

Demás de que si arriba nuestra armada
(Suceso casual y contingente)
Desnuda del reparo conviniente,
Será con esto en breve reparada,
Para que así prosiga su jornada,
Sin rebalsar un punto la corriente,
Hasta volcar en ella al enemigo,
Haciendo por llevarse consigo.

Despuéblase por esto el pueblo todo,
Poblándose de gente la ribera,
Y andan la costa arriba y por do quiera
Los prevendos órdenes á rodo;
Pues como fué el enuidado en este modo,
Fué la correspondion de tal manera,
Que apenas el britano parecia
Cuando por cada puerto se sabia.

Que luego iba la voz de mano en mano
Con fuegos, avisando en cada parte,
Por do jamás el pérfido Richarte
A tierra osó salir del mar insano;
Temióse, con razon, de armada mano,
Reconociendo fuerza y baluarte,
Y gente de á caballo por la playa,
Que es la que á los cosarios mas desmaya.

Así que sin poder dañar, forzado
Se vino prosiguiendo su viaje,
Hasta llegar á Chíncha, que es paraje
De Lima treinta leguas apartado;
Mas dando aviso desto á don Hurtado,
Al punto despachó con el mensaje
Un volador chinchorro á nuestra armada
Para que fuese á Chíncha enderezada.

Ya Febo doce veces en oriente
Su luminosa faz mostrado había,
Y armado la noturna sombra fria,
Su negro pabellon sobre el tridente;
Sin que del enemigo nuestra gente
Supiera por alguna suerte ó via,
Causa para sus ánimos penosa,
Y mas sentida entonces que otra cosa.

Por donde luego en dándoles la nueva,
Fué tan crecido el júbilo y tan lleno,
Que todo no cupiera en otro seno,
Sino es en el capaz del de la Cueva;
El cual, torciendo el rumbo que ora lleva,
La vuelta va del término terreno,
De donde estaba entonces desviado,
Por ir, como dijimos, engolfado.

Privaba ya la negra noche fria
De su juridicion al claro viso,
Cuando llegó á las naves el aviso
Y á tierra don Beltran tomó la via;
Mas al esclarecer del blanco dia,
Antes de haber el rústico de Anfriso
Al mar su greña de oro descubierto,
Se descubrió Richarte sobre el puerto.

Fué vista del primero nuestra armada,
Mas no con tan agudo movim'iento
El temeroso gamo corta el viento
En viendo al cazador que esta en celada,
Cuan presto comenzó la vuelta dada
Aquines á virar á barlovento,
Y aquel de Castro á dar de las espuelas
Cargando por ganárselo de velas.

Ganarale sin género de duda,
Porque se le iba apriesa ya ganando,
Si le durara mas el tiempo blando
Que respiraba entonces en su ayuda;
Mas como luego el próspero se muda,
A la mejor sazón se fué mudando,
Y haciéndose, de manso tiempo afable,
Un recio temporal intolerable.

Ya no llevaba mas el protestante
De su ligera lancha y nao altiva,
Porque las otras dos que dije arriba,
De Arica no pasaron adelante;
Que visto ser su carga no importante,
Y que para el camino por do iba
Habian de ser forzoso inconveniente,
Le pareció dejallas cautamente.

Al un pataj mandó meter á fuego,
El cual de Chile solo había sacado,
Y al otro, que topó en el mar salado
Usando de piedad, largóle luego;
Mas del batel, ganado en aquel juego
Donde hizo la ganancia del pescado,
Formó la snelta lancha el enemigo,
Que agora lleva rápido consigo.

El inclito Beltran le va siguiendo,
Por mas que el mar hinchado se levanta
Y el desbocado viento se adelanta
Sin orden y con impetu corriendo;
Hasta que ya de término saliendo,
Su furia mas que indómita fué tanta,
Que rotas las riendas, freno y todo,
Se desapoderó de todo en todo.

La capitana rompe el masteleo,
Quedándose la gavia mal segura,
Y luego va tras él la ovencadura,
Que deja al árbol flaco, mocho y feo;
El cual, rendido ya, sobre Nereo
Con gran vaiven arroja su estatura,
Haciendo que una nave tan ligera
Se quede reparada en su carrera.

El galeon San Juan, que ya venía
Al de Bretaña mas vecino y junto,
Se desaparejó de todopunto,
Dejando á su pesar lo que seguía;
Vinieron á la mar de romanía
Los árboles y velas todo junto,
De suerte que la fuerza de fortuna
No le dejó siquiera con alguna.

Descuéllese de modo la tormenta,
Que ya se pone en quintas con el cielo,
Queriéndole cubrir de escuro velo
Mas denso que en la noche turbulenta;
El piélagos de tímido revienta,
Y con ventosas alas sube en vuelo,
Llevándose la nao para que tope
En el sidéreo techo con el tope.

Roncando se alza arriba el mar ondosos,
Y abajo están hirviendo sus arenas;
Escúndense tritones y sirenas
Allá en lo mas oculto y cavernoso;
Al arrear de Bóreas proceloso,
Rechinan jarcias, grúmenas, antenas,
Y cada golpe ó súbita grupada
Da muestras de querer tragar la armada.

Eterno Dios, ¿no está de vuestro dedo
Esta globosa máquina pendiente?
Y el bramador del húmido tridente,
¿A vuestra voz no está callado y quedo?
¿No está el abismo trémulo de miedo
Rendido á vuestro brazo omnipotente?
No sois el contador de las estrellas,
Y el que sabeis nombrar á todas ellas?

No sois el que dejais con vuestro palmo
Al ancho mar Océano medido
Y aquel en cuya palma sostenido,
El orbe todo está, según el psalmo?
Pues ¿cómo, justo Dios, benigno y almo,
Si veis al mar furioso y removido,
Disimulais con él de tal manera
Como si vuestro súbdito no fuera?

Ya vemos que por vos en esa playa,
Viniendo con tal impetu, le enfrena
Un freno baladí de faea arena,
Que á todo su pesar le tiene á raya;
Y para que de boca no se vaya,
No quiere mas apremio ni otra pena
Que vuestro eficazísimo preceto,
Al cual está doméstico y sujeto.

Acuérdome, Señor, cuando dijistes
Que en una parte el mar se recogiese
Para que así la tierra pareciese,
Que en el lugar mas infimo pusistes;
Y cuando allá en el Exodo quisistes
Que el mismo mar sus aguas dividiese
Para que le pasasen á pié enjuto
Los que sacó Moisés de su tributo.

Pues no es menor agora vuestro mando
Ni vuestra voluntad que entonces era,
Mas antes, si aumentarse en vos pudiera,
Se fuera por nosotros aumentando;
Ni van á menos bien los deste bando
Que los de la jacobica bandera
Para que pasen ellos sin mojarse,
Y estos estén á pique de anegarse.

Que si ellos van con íntimos deseos
De ya firmar sus piés en vuestros llanos,
Los nuestros de poner, Señor, las manos
En riscos, donde habitan Amorreos;
Y si ellos son idólatras hebreos,
¿Estos no son católicos cristianos?
Si allá por ley escrita en piedras viven,
¿Acá por gracia en almas no la escriben?

Y si poneis los ojos en la guía,
¿Escóndeseos á vos que los guiaba
Allí Moisés, el hijo de la esclava,
Aquí Jesus, el vuestro y de María?
Tampoco por aquel que los envía
Dirémos que el favor se menoscaba,
El cual es, cuando menos, don Hurtado,
De vos en todo tiempo regalado.

Ni por el que los lleva me parece
Haber desmerecido vuestra mano,
Por ser un gran varon de pecho sano,
Que, como en lo demás, en virtud crece;
Pues ¿qué es lo que á los unos favorece
Y causa que á los otros déis de mano?
Abismos son, Señor, del pecho vuestro,
Do pierde pié el ingenio corto nuestro.

Por cuya cortedad es cosa injusta
Que vuestro ser sin limite se mida,
No siendo sino falsa tal medida,
Pues la que alcanza mas menos ajusta;
Y cosa que no fuese recta y justa
Ya fuera del justísimo sentida,
Si el hombre de las vuestras no sintiera,
Dejándose llevar de fe sincera.

Mas á lo que el humano entendimiento,
Segun su corto número rastrea,
Entiendo yo que toda esta pelea,
Y tal reventazon de mar y viento,
Es para mas entero cumplimiento
De todo lo que en esto se desea,
Pues sabe ya el de mas estrechas sienes
Que siempre saca Dios de males bienes.

Si de dificultad no fuese llena,
¿Qué cosa hubiera digna de memoria?
¿Quién da su punto al dulce de la gloria
Si no probó el amargo de la pena?
Si la batalla no es de buena á buena,
Tampoco puede serlo la victoria,
Ni gusta del verano, alegre y tierno
Quien no gustó del triste y duro invierno.

Fuera de que es costumbre recebida,
Por ser tan en razon fundada y puesta,
El estimar la cosa en lo que cuesta,
Sin ser por otra causa en mas tenida;
Que si es dificultosa la subida
Por un breñoso risco y agría cuesta,
Tan grande es el placer allá en la cumbre,
Como lo fué al subir la pesadumbre.

Pues quiero ya que el rústico me entienda,
No diga que disparo y desatino,
Si no declaro mas, porque convino,
Que el viento y mar saliesen de rienda;
Y aunque metido voy por otra senda,
Yo volveré muy presto á mi camino,
Porque el bramar del tímido tridente
Podrá sacarme á tino fácilmente.

Quiero decir que vino la tormenta
Por especial favor del alto cielo
Para que don Beltran acá en el suelo
Su merito aumentase, si se aumenta;
Pues no fuera el vencer de tanta cuenta
Sino cubrir su lustre con un velo,
Segun la suerte, al menos, del que digo,
Rendir con tal ventaja al enemigo.

Y de su noble pecho yo no dudo,
Sino que el General en conociendo
Que el robador inglés iba huyendo
Con una sola nave por escudo,
En parte se gozó, si en parte pudo,
De que le fuese el mar contraviniendo,
Por solo no poner pesadas manos
En quien así le muestra piés livianos.

¿Qué hazaña, qué proeza, qué alto hecho
Fuera ganar con seis un solo vaso,
Con tal facilidad, al primer paso,
Y sin haber pasado alguno estrecho?
No fuera cosa digna de su pecho,
Aunque pudiera en otro hacer al caso,
Y así no quiere el cielo que le alcance,
Porque es humilde el mate al primer lance.

Atájale esta llama y facil via
Llévandle por la áspera y sangrienta,
Porque como la costa se acrecienta,
Vaya subiendo el precio y la valia;
Y para su ganancia y granjeria
Quiere que á don Beltran se tome en cuenta
La lucha de la mar y sus vaivenes,
Que es para mas favor hacer desdenes.

Tropelle, rompa estorbos y contrastes,
Halle dificultad en la jornada,
Porque estos en empresa tan honrada
Son como en fina piedra los engastes.
No suena bien la citara sin trastes,
Ni brota olor el agua sosegada;
Forzoso es menester que se revuelva
Para que en suavidad al aire envuelva.

Por donde el temporal que sobreviene
Tan rigido, tan recio y repentino
Es un particular favor divino
De aquel que siempre da lo que conviene;
Así que cuanto para y se detiene
El claro General en su camino,
Tanto para su gloria se adelanta,
Que nunca de otra suerte fuera tanta.

Y el impedille el paso deste modo
No es mas que un embargalle la hacienda
Para despues, pasada la contienda,
Volvérsela con réditos y todo;
Que nunca mete Dios el pié en el lodo,
Y mas al que en sus manos se encomienda,
Sino para sacalle libre y sano
Poniéndoselos limpios en lo llano.

No es mas la gran tormenta levantada
Sino querer de oficio el mismo cielo
Hacer una probanza acá en el suelo
En honra del que hace esta jornada;
Y porque vaya mas autorizada,
Sin que sospecha quede ni repelo,
Cita primero al mar, que el daño causa,
Haciéndole fiscal en esta causa.

Pues donde el mismo Dios toma á su cargo
La honra de la Cueva y el provecho,
¿Quién duda que saldrá con su derecho
Aunque los pleitos vayan á lo largo?
Desfleme ese revuelto mar amargo,
Dé areadas, dé ronquidos, alce el pecho,
Que todo es ya señal de dar el alma
Para quedar despues en muerta calma.

No piensen que es lo dicho congruencia
O solo por lograr algun conceto,
Sino que Dios para este solo efecto
Hizo que el mar hiciese resistencia;
Y ser esta la causa es evidencia,
Si se ha de colegir por el efecto,
Pues vino á ser feliz la costa abajo,
Despues de haber costado algun trabajo.

Ultra de que jamás en tal paraje
Se levantó en la mar tormenta alguna,
Ni en el mudable rostro de fortuna
Echó de ver mudanza el marinaje;
Mas quiero dar la vuelta á mi viaje,
Que ya la digresion sera importuna,
Si llaman digresion por un momento
Ponerme á dar razon de lo que cuento.

Y si me pide alguno estrecha cuenta,
Queriéndola mayor de mi tardanza,
Respondo que me vide en la bonanza,
Y que temi volver á la tormenta;
Hasta que agora, al son de ser violenta,
Juzgué que hubiera hecho su mudanza,
Mas como al fin es mal, estése entero,
Sin abajar un punto del primero.

Mas el valor de Castro se le opone
Constante en el peligro manifesto,
Y tanto muestra el animo compuesto
Cuanto el furioso mar se descompone;
No hay cosa de trabajo á que perdone,
Que todo á cada parte acude presto,
Siendo cabeza y manos para todos,
Por vérselas meter hasta los codos.

El removido piélagos hirviendo
Acá y allá frenético se mueve,
Tal vez en tanto grado el cuerpo embebe,
Que la menuda arena se está viendo;
Tal vez tan sin compás le va extendiendo,
Que al firmamento ya sus aguas bebe,
Y con la espuma gruesa que le escupe
Su limpio y raro velo mancha y tupe.

Pues ¿qué diré del viento sibilante
Y de la extraña furia con que vienla?
A cada soplo tierra y mar avienta,
Y el cielo á resistille no es bastante.
Mas don Beltran con pecho de diamante,
Así en la fiera lucha se sustenta,
Que sin hacer desden se tiene fuerte,
Venciendo la contraria con su suerte.

No pierde para atrás un solo paso,
Ya que para adelante no le gana,
Por ver la mar en contra tan insana
Y habérsele deshecho el fuerte vaso;
El Almirante solo en tal fracaso
Porque su nao estaba entera y sana,
Sigue tras el inglés con un pataje,
Mas puesto el duro viento le hace ultraje.

Ya, ya le daba alcance á toda priesa,
Ya, ya le estaba proximo y vecino,
Al tiempo que cerrándole el camino
La noche en medio dél se le atraviesa;
Lanzóse al mar tan lóbrega y espesa,
Y tempestad tan grande sobrevino,
Que derrotados todos de su via
No se pudieron ver despues al dia.

Ni pudo el fugitivo de Richarte
Hurtar el cuerpo tanto á la tormenta,
Que al fin no le alcanzase, y aun de cuenta,
Porque le cupo della buena parte;
Y le trató Neptuno de tal arte,
Segun lo que despues acá se cuenta,
Que para mitigar su furia brava
Partió con él del robo que llevaba.

Mas viendo cada nao de nuestra flota
A su fortuna en tanto desconcierto,
Y que los enemigos era cierto
Seguir la costa abajo su derrota;
Despues de verse ya deshecha y rota,
Tuvo por lo mejor volverse al puerto,
De donde siendo en breve reparada,
Siguiese con la empresa comenzada.

Con este buen acuerdo fácilmente
Y á su pesar los nuestros arribaron,
Do sola su almiranta aderezaron,
Por ser la mas entera y suficiente;
Desembarcóse el tercio de la gente
Que con las otras naves se quedaron,
Dejándolas deshechas de su liga,
Al ver que no es mas de una la enemiga.

La galizabra sola se adereza,
Apercibida ya por don Garcia,
Para ir con la almiranta en compañía,
Que va por capitana y por cabeza;
Porque en razon de ser tan rica pieza,
Negar ele este nombre no podia,
Ni á esotra que a seguilla se levanta
El titulo trocado de almiranta.

Con estas dos, que nadie las iguala,
Y una ligera lancha que pudiese
Reconocer los puertos que quisiese,
Entrándose en cualquier caleta y cala;
Para que de ninguna hiciese escala
Por donde el enemigo se le fuese,
Partió segunda vez el de la Cueva
Con un orgullo nuevo y ansia nueva.

Quedóse don Alfonso mal su grado
Por falta de salud y no de brio,
Y porque, como dije, su navio
Fué para capitana señalado;
Mas el Virey discreto y acertado,
Buscando quien hinchese este vacío,
Halló de mano larga y ancho seno
Un hombre que le dió colmado el lleno.

Heredia es el que digo, nuevamente
A tan ilustre cargo promovido,
No menos á sus méritos debido
Que á su robusto brazo y pecho ardiente,
Pues dello dió señal tan evidente
En el tropel de Quito removido,
Fuera de haber probado ya la mano
A costa de otro inglés en el Vallano.

Partióse pues con este buen arreo
Ligero don Beltran la vez postrera,
Porque el haberse vuelto la primera
Fué de mayor espuela á su deseo;
El arribar entonces fué el paseo
Para pasar agora la carrera
Y hacerse atrás el toro de Jarama
Para embestir mejor á quien le llama.

A tierra va tan junto y arrimado,
Que raspa con las áncoras por ella,
Porque el inglés ha de ir varando en ella
Si no desvara el rumbo comenzado;
Y como no es su intento dalle lado,
Mas antes dar con él, se abraza della,
Siguiendo siempre el curso, el medio y traza
Que se endereza mas á darle caza.

En vuelo da tras él con segas alas
Por el desierto cano y ondas frias,
Reconociendo puertos y bahias,
Recodos, senos íntimos y calas;
Que si antes con el mar anduvo á malas,
Le favorece ya por todas vias,
Mostrándosele facil y tratable
Con viento largo, prospero y durable.

Ya pasa por Chancay la racimosa,
Ya de la fértil Guaura se adelanta,
Ya de Guarmey se aleja, ya de Santa,
Tierra por los mosquitos enojosa;
Ya de Trujillo apenas se ve cosa;
Por popa deja á Chérrepe y á Manta;
Cechura queda atrás y Santa Elena,
Tras Paita donde hace luna buena.

Ya con la misma priesa pasa presto
El cabo de Pasao en su carrera;
Hacia la punta va de la Galera,
Tomando relacion en cada puesto;
De donde sin hacérsele molesto
Prosigue lo que nadie prosiguiera,
Dejando atrás los raudos espolones
Mil cabos, puntas, morros, farellones.

Apenas esta punta fué doblada,
Cuando á las dos, y dos del medio dia,
Tacámez les descubre su bahia,
De entonces para siempre celebrada;
Y en ella ya de un áncora colgada
Para seguir su curso y larga via
Una pomposa nave rica y bella,
Con una presta lancha al bordo della.

En viéndola los nuestros como digo,
Tan linda que á los ojos se les viene,
Y que consigo lancha sola viene,
Gritan alegres: «¡Alto! el enemigo!»
El cual sin alargarse de su abrigo
Así como los ve no se detiene
En despachar allá su lancha suelta
Para que reconozca y dé la vuelta.

Su capitán al punto salta dentro
Con otros diez intrépidos britanos,
Y viénense los once luteranos
Buscando nuestras naves al encuentro;
El impar don Beltrán, que está en su centro
Por verse la ocasión tan á las manos,
Manda que luego al punto el Almirante
A recibir la lancha se adelante.

Ordénale con esto diestramente,
Por ser su nao pequeña, que se vaya
Sin discrepar la vuelta de la playa,
Y él toma la del mar en continente;
Tan bien disciplinada va su gente,
Que sin salir un paso de la raya,
Obedeciendo acuden á sus puertos,
Ya para adverso y próspero dispuestos.

La lancha á remo y vela dividiendo
El aire delicado y crespas arrebata,
Vino á llegarse á tiro de las bolas,
Que el almirante juega con estruendo;
De donde luego, alzando un son horrendo,
Salen por tres abiertas portañolas
Tres globos, que cosidos con el agua,
Mas chispas van echando que una fragua.

Ninguno fué tan cierto que sirviese
Aun de tocar la lancha en frente puesta,
Sino de que en oyendo la respuesta,
Ser gente contra sí reconociese;
Y de que conociéndola volviese
En busca de su nao veloz y presta,
La cual, viendo que era nuestra armada,
Salió con gran denuedo á la parada.

Y así levando el áncora al momento,
Sobre que sola estaba de partida,
A todas velas parte, revestida
De un ánimo gallardo y ornamento,
No sale con tan raudó movimiento
El agua rebalsada y detenida
Habiéndole soltado la represa,
Como la ya levada nave inglesa.

El espolon herrado y rostro encara
En nuestra capitana fieramente,
Y con exenta y desdenosa frente
Se viene á don Beltrán como una jara;
El cual con un valor y muestra rara
Sale á frenar el paso á su corriente,
Habiéndole ganado el barlovento,
Ganancia en estos juegos de momento.

El uno para el otro dejan irse,
Así de iguales ímpetus llevados,
Y á tiro de cañon los dos llegados,
Empieza su furor á descubrirse;
Mas antes que comiencen á batirse
Con versos, no por número hinchados,
Es fuerza dar espíritu á los míos
Ya para tanto languidos y fríos.

¡Oh coro de las nueve sacrosanto,
A cuyo son se mueve el fijo polo!
Y tú, planeta ilustre, claro Apolo,
Que llevas el compás en este canto;
Haced vuestro poder, si puede tanto,
Porque mi aliento agora pueda solo,
Subiendo otava arriba cada punto,
Poner tan altas cosas en su punto.

Distaba tal espacio del poniente
El natural artífice del día,
Que para dar el término á su vía
Dos horas le faltaban solamente;
Cuando los dos bajeles frente á frente
Se llegan á poner en puntería,
Y los gallardos ánimos de dentro
Se van determinados al encuentro.

Mirad aquí ya juntos y encarados
Al vedijoso león y drago fiero
Con mas furor que el toro al bramadero,
Si ya se ve los piés de jarretados,
Jamás por esos aires delicados
Un águila caudal y azor ligero
Se dejan ir las alas tan tendidas,
El corvo pico y garras encogidas.

Fué la cosaría nave la primera
Que viéndose de cómoda postura,
Soltó una brava pieza de la mura
Largando de su tope la bandera;
Mas no tan presto alzó la llama fiera
Cuan presto, removiendo el agua pura,
Le dieron la respuesta repentina
Por boca de una y otra culebrina.

Con esto don Beltrán se va llegando,
Y el animoso inglés al mismo punto,
Hasta que á nuestra prora casi junto,
Sobre babor la suya fué doblando;
Ya entonces de ambas partes levantando
Un infernal estrépito y trasunto,
Se comenzó á jugar la artillería
Con que temblar el centro parecía.

La salitrada especie en humo vuelta,
Al cielo de los ojos arrebatada,
Y el mar, que de antes era fina plata,
Muestra su faz en velo oscuro envuelta;
El agua con el fuego está revuelta,
Que ya como otras veces no le mata,
Porque él agora es mucho si ella es mucha,
Y así se tienen fuertes en la lucha.

El encumbrado monte se derrumba
Desvanecido al son que allá le toca;
Vacila de temor la firme roca
Cuando junto de sí la bala zumba;
En las cavernas cóncavas retumba;
Por entre bosques hórridos revoca;
Resurte de los valles y quebradas
El eco de las bocas disparadas.

Mas viendo la española capitana
Haber así revueltose la inglesa,
Que por babor le pasa á toda priesa,
Llegándose á medir con su mediana;
A orza va buscándola, con gana
De verse ya las manos en la presa,
Y formase una cruz de los baupreses,
Pronóstico siniestro á los ingleses.

Por deshacella el pérfido se alarga,
Y el abordar sin tiempo rehusando,
Vuelve por estribor cañoneando,
Y á veces extendiendo pica larga;
Mas danle aquí los nuestros otra carga
Las piezas desta banda disparando,
Con que lo mas granado de su gente
Bajó por entre el agua al fuego ardiente.

Ya de bermeja sangre se matiza
El cristalino campo de Neptuno,
Ya vuelan por el diáfano de Juno
Los cuerpos convertidos en ceniza;
Ya la encendida bala descuartiza
Y de los dos costados lleva el uno,
Ya muele, rompe cuerno, carne y huesos,
Ya siembra el rojo mar de blancos sesos.

Este deja tullido, aquel contrechó,
Allí no mata al otro á la venida,
Y mátales después de recudida,
Volviéndole á buscar de largo trecho;
Aquí veréis al uno abierto el pecho,
Al otro la cabeza dividida,
Allá tendido un cuerpo ya sin brazos,
Acá deshecho el otro en mil pedazos.

En esto el Almirante que seguía
La fugitiva lancha, no pudiendo
Cogella al fin por irsele metiendo
A tierra todo aquello que podía;
Temiendo zaborar dejó la vía,
Y el rostro al mar sanguino revolviendo,
Viró para su nave á toda priesa
Ganoso de abrazarse con la inglesa.

La cual por estribor la vuelta dada
Y habiendo de un picazo atravesado
Desde su bordo al nuestro un buen soldado
Que quiso abalanzarse á la pasada;
Pasó con una furia acelerada
Cosida bordo á bordo y lado á lado,
Hasta que echando fuera cuerpo y punta,
Su popa con la nuestra quedó junta.

Aquí con sobra de ánimo Richarte,
Queriendo quebrantar el del cristiano,
El mismo por las suyas le echa mano,
Valiéndose de un lazo, al estandarte;
Pero don Diego de Avila, que Marte
Aun no se le sacara de la mano,
Supo con otros cinco defendello
De suerte que el inglés salió mal dello.

Están á su defensa Juan Manrique
Don Juan Velazquez, Pedro de Reynalte,
Por quienes no hay recelo de que falte,
Aunque las vidas tengan tan á pique;
Y menos faltará por Juan Enrique,
Como la fiera muerta no le asalte,
Ni por Mondejar, mozo de buen brio,
Hasta quedar de espíritu vacío.

En esto hay opiniones, cosa dura,
Y cáusalo haber sido el hecho bravo,
Porque otros lo atribuyen á algun cabo
Que se trabó del asta por ventura;
Mas la que tengo yo por mas segura
Es que ninguna dellas da en el clavo,
Y pues de vista nadie fué testigo,
Concédase al valor del enemigo.

Fuera de que ninguno niega en ello,
Que padeciese fuerza el estandarte,
Y que esto fué en el tiempo que Richarte
Sacó de un arcabuz herido el cuello;
Y aun porque se alabase menos dello,
Un fiero pedrenal por otra parte
A la misma sazón le dió en un brazo,
Dejándole sin carne gran pedazo.

Mas él con una bala suya gruesa
Que entró por la toldilla de la ropa,
Rompiendo cuantas astas allí topa,
Con ellas ambos bordos atraviesa;
Pero sin que dejase cosa lesa,
Habiendo allí de gente mucha tropa,
Y fué milagro viendo como vino,
El no llevarlos todos de camino.

Otra metió de punta diamantina
Por el amura de babor tan brava,
Que mata un artillero donde estaba
Cargando una disforme culebrina;
Y con la misma furia se encamina
Derecha al infeliz que la zallaba,
Llevándose el quemado cuerpo en vuelo
Y haciéndole volar el alma al cielo.

Pasa por otro, y llévale al soslayo
La piel de todo el vientre de manera,
Que parte de lo interno le echa fuera
El contrahecho, ardiente y vivo rayo;
Mas no sintiendo desto mas desmayo
Que si por otro el daño sucediera,
El propio sin ayuda de vecinos
Recoge sus calientes intestinos (67).

Y habiéndose ya ligados la herida
Con apretarse en ella una toalla,
Vuelve Encinal tan recia la batalla
Como si aquello fuera darle vida;
Do luego, sin que nadie se lo pida,
La ya cargada pieza impele y zalla,
Cumpliendo con su oficio tan entero
Que nadie le llevó el lugar primero.

Aguirre, natural de Guipuzcóa,
Y digno capitán de artillería,
Por una y otra banda discurria
Corriendo sin parar de popa á proa;

Merece el cantabrés eterna loa,
Pues fuera del fervor con que regía
Siempre los tiros hechos por su mano,
Fueron los mas dañosos al britano.

Al cargo de la pólvora preside,
Como persona á tanto suficiente,
Hornero, con Cherrinos juntamente,
Cuyo trabajo esquivo no se mide;
Que como ponen todo aquel que pide
Su ministerio y la ocasión presente,
Y juntas ambas cosas piden tanto,
Es fuerza que trabajen con espanto.

Pues por el gran cuidado y la presteza
Que en estos y en los otros se hallaba,
Richarte á su despecho mitigaba
El desigual ardor de su fiebreza;
Aunque sacando fuerzas de flaqueza,
A mas perder mas ánimo mostraba,
Y como ya picado en este juego,
Brotaba por su rostro vivo fuego.

Entre su gente encima de cubierta,
A los contrarios tiros descubierta,
Y de su misma sangre ya cubierto,
Los mueve, los anima, los despierta;
Promételes tener vitoria cierta,
Aunque de lo contrario está mas cierto,
Mas sábelo encubrir con el semblante
Para que siempre vayan adelante.

El claro don Beltrán por otra parte
Enhiesto, firme, grave y levantado,
Descubre aquel valor aventajado
Que el cielo francamente le reparte;
Y en cambio de la túnica de Marte,
De solo natural esfuerzo armado,
Parece imagen del sacada al vivo,
De que se está preciando el Dios altivo.

Solicito á su bando solicita,
Al fallo ya de espíritu conforta,
Al sin sazón cólerico reporta,
Al que parece inhábil habilita;
Lo mas dificultoso facilita,
Y estando todo en todo lo que importa,
De su persona da tan buen descargo,
Que colma las medidas de su cargo.

Con esto crece tanto la osadía
De nuestro generoso bando amigo,
Y tanta priesa dan al enemigo,
Que sin poder sufrillo se desvia;
Mas cuando imaginó que ya tenía
Fuera de nuestra popa algun abrigo,
Ve cerca al Almirante, y en su talle
Los filos con que viene de abordalle.

Bien que se ve el apóstata deshecho;
Pero su presunción soberbia es tanta,
Que para recibille se adelanta,
Poniendo sin temor al agua el pecho;
Mas el que de cerrado y tan estrecho
Apenas halla paso á la garganta,
Justo será suspenda libro y canto,
Que un libro y una voz no pueden tanto.

Es fuerza y fuerza grande que se quede
La comenzada historia en esta parte,
Pues ya me va faltando ingenio y arte,
Y nadie puede mas de lo que puede;
Mas si el benigno cielo me concede
Del todo que me falte alguna parte,
Yo sacaré tras esta la segunda
Con pié mas lento y mano mas fecunda.

Queda lo principal y mas granado
De lo que solo á Chile pertenece,
Por donde lo de agora es flor que ofrece
El fruto para entonces sazonado;
Déjolo pues aquí, considerado
Que la materia y no la forma crece,
Y porque si han gustado de escucharme,
Quiero con tal ganancia levantarme.

TABLA

por donde se entienden algunos términos propios de los indios, por tratar materia propia suya.

Chicha, es vino hecho las mas veces de cebada y maíz tostado y molido, y algunas de frutilla ó murta.

Macana, arma ofensiva, es una asta de madera de dos brazas y mas de alto, gruesa como la muñeca, remata arriba haciendo un codillo mas ancho que lo demás del asta en forma de cayado; júganla á dos manos, con cuyo golpe derriegan un caballo.

Mádi, es una semilla negra, que seca y molida se hacen della unas bolas envueltas en harina; son de gran regalo y sustento para los indios.

Máule, es un rio caudaloso, que dista cuarenta leguas de Santiago; vadéase por muchos brazos y balséase por uno.

Molle, es una regalada fruta de árboles silvestres, de que se hace la mejor chicha.

Muddy, es la misma chicha de maíz, mas suave.

Pérper, es tambien la de maíz, mas gruesa y menos fuerte de todas.

Ulipo, que los indios llaman, si se puede escribir, *ulldpu*, es el principal y mas ordinario mantenimiento dellos, el cual solamente es harina de maíz ó cebada tostada, desleída en agua fria; sirvelos de comida y bebida juntamente, y desto hacen su cocaiv y matalotaje cuando caminan, llevando una talega de esta harina y un cestillo para hacer el *ulldpu*, tan tejido, que nunca el agua echada en él se vierta ni rezuma. Es alimento muy fresco y mas sustancial y regalado cuando la harina lleva de aquel *mádi* que arriba se declara.

De la calidad de la frutilla no trato, porque el ser tan regalada y rica fruta, pienso que la tiene dada á conocer por toda la tierra.

NOTAS DEL AUTOR.

- | | |
|---|--|
| (1) Tscados como diadema. | (36) Indios amigos que sirven á los españoles; llámase yanacunas. |
| (2) Granos azules mentidos como aljofar. | (37) Entiéndese indios amigos. |
| (3) Cunas de tal hechura que las puedan llevar á cuestras por do quiera que van. | (38) Dios, porque Apó es lo mismo que Señor. |
| (4) Una canasta tejida de bejuocos. | (39) Porque les ha vencido el Gobernador dos batallas juntas. |
| (5) Chigua, es á modo de fardel armado sobre aros de cañas verdes y trabado de tomizas de paja. | (40) Don Garcia, que hace la guerra con otro intento mas justificado que los demás. |
| (6) La ciudad de Santiago. | (41) Incredacion de Galbarino á los indios amigos. |
| (7) Especie de paja como cuchillos. | (42) Porque lo dijo cuando mató á Guillen que le habian de cortar las manos. Canto x. |
| (8) Madera de que se hace el mejor carbon de las Indias. | (43) De don Felipe de Mendoza, hermano del Gobernador. |
| (9) Caupolican. | (44) El demonio. |
| (10) Léase el canto xv de la <i>Araucana</i> . | (45) Mujer de Talgueno. |
| (11) Donde tiene su casa. | (46) Es buen agüero entre los indios ver una culebra. |
| (12) El Gobernador. | (47) Imitacion de Virgilio, lib. ii de la <i>Eneida</i> . |
| (13) Don Luis de Toledo. | (48) Virgilio, lib. ii de la <i>Eneida</i> . |
| (14) Don Pedro de Portugal cuando andaba en la guerra, siendo de ochenta años. | (49) Frases latinas. |
| (15) Don Felipe de Mendoza. | (50) Comidas propias de los indios. |
| (16) Don Cristóbal de la Cueva, de la casa de Alburquerque. | (51) Cazuelas de barro. |
| (17) Pedro Fernandez de Córdoba, casa del Gran-Capitan. | (52) Bebidas, véase la tabla. |
| (18) Don Alonso de Ercilla. | (53) Porque fueron soldados de Chile con Arana. |
| (19) Julian de Bastidas. | (54) Capitan de Chile. |
| (20) Gaspar y Baltasar Verdugo. | (55) Natural de Chile. |
| (21) Don Luis de Velasco. | (56) Bartolomé Carreno, que era corregidor de Guayaquil. |
| (22) Rodrigo de Quiroga, que fué despues del hábito de Santiago. | (57) El capitan Lorenzo Fernandez de Heredia, caballero nacido en estas partes, corregidor de Loja y Zamora. |
| (23) Don Pedro Mariño de Lovera. | (58) El maese de campo Gonzalo Fernandez de Heredia, de la casa del conde de Fuentes. |
| (24) Pedro de Murguía. | (59) El capitan Fernando de Varela, corregidor de Paita, valeroso soldado de Pláudes. |
| (25) Alonso de Reinoso. | (60) El licenciado Marañon, visitador y oidor mas antiguo de la audiencia de Quito. |
| (26) Don Simon Peirera. | (61) <i>Araucana</i> , canto ix. |
| (27) Lorenzo Bernal de Mercado, que fué despues maese de campo. | (62) El nombre del mastin. |
| (28) El mariscal Martin Ruiz de Gamboa, que fué despues gobernador de Chile. | (63) Los pesos de oro que robó en Santiago y otras muchas cosas de comidas y aparejos de navios. |
| (29) El capitan Pedro de Olmos Aguilera. | (64) Indios correos de á pie. |
| (30) Lope Ruiz de Gamboa. | (65) El doctor Alonso, criado de Castilla, oidor mas antiguo de la audiencia de Lima. |
| (31) Diego Cano, gran soldado. | (66) Don Alonso de Vargas Carvajal, señor de Tarapacá. |
| (32) El capitan Gregorio de Oña, padre del autor, que murió peleando en la guerra de Chile. | (67) Buen ánimo de un artillero de sesenta años. |
| (33) Orompello, hijo suyo primogénito. | |
| (34) Ave inmunda de Chile. | |
| (35) El maestre de campo. | |

ENDIMION,

DE

MARCELO DIAZ CALLECERRADA.

A DON MARTIN RODRIGUEZ DE LEDESMA Y GUZMAN,

CABALLERO DEL HÁBITO DE CALATRAVA, SEÑOR DE SANTIZ, DEL CASTILLO DE ALMESNAR, SANTABEN, EL ACETRE, SALINAS, ESTACAS, PALACIOS, SANMAME, PELILLA, CASTILLEJO DE GUEBRA, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DEL SERENÍSIMO INFANTE DON FERNANDO.

CUANDO lei la fabula de Pomona, que escribió vuestra señoría con tanta erudicion y tan tiernos años, siendo rector dignísimo de la universidad de Salamanca, determiné seguir el estilo claro y cierto de Castilla, contra quien se levantaban entonces torres de presunciones vanas, fundadas solo sobre la oscuridad, que es nada puro. No se debe poco al Mercurio que con docta vara diseierne el camino peligroso del seguro al dudoso caminante; y esta deuda sola, de las muchas que á vuestra señoría tengo, pretendo pagar ahora con los tres *Cantos de Endimion* que á vuestra señoría presento, no para que con su amparo los libre de los catonianos dientes (que no hay censura, aunque los anime intencion dañada, que no espire alguna provechosa correccion), mas para que la emiende y examine si pertenece á la escuela de Lope de Vega, de quien vuestra señoría aprendió, y á quien yo á voces llamaré maestro con eterno elogio mio, porque lo es doctísimo de España, de Europa, del orbe. Que la opinion loable de los sabios gimnosofistas que de los altos varones no contaban los esclarecidos hechos de nobleza heredados de sus padres, sino las heroicas dotes de entendimiento y sabiduría, me hace á mi callar, ahora que deseo hablar con acierto de vuestra señoría, los altos progenitores de la antigua baronia de su casa, en quien ponen los anales y crónicas de España los mejores oficios y mas fieles de la casa real de Castilla y los servicios mas honrados, mas leales, en quince nobles abuelos hasta vuestra señoría de padre á padre. Porque sin que diga lo que á vuestra señoría da el famoso troneo de Toral por su madre nobilísima, ha sido vuestra señoría en sus primeros, cuanto largamente dice el escasisimo padre Mariana, con admiracion de los amigos y horror comun de los mal intencionados (si no los ha gastado todos su acreditada fortuna con merecimientos conocidos tan despacio). Esto habrá bueno cuando sea premiada vuestra señoría, que tendrá tan recto el sol, que no le siga la envidiosa sombra cuando tantas veces disputaron su razon los enemigos y amigos. Vuestra señoría reciba este mi pequeño ofrecimiento, que asi pretendo yo quedar mas obligado á servirle, á imitacion de vuestra señoría, que se obliga al segundo beneficio por el que hace primero; y ponga este buen deseo entre los efectos sanos del pan que comí en casa de vuestra señoría, á quien Dios guarde muchos años.

MARCELO DIAZ CALLECERRADA.